

hablarle su lenguaje; esos indios, en suma, somos nosotros mismos que en nuestro orgullo nos consideramos distintos de ellos, siendo sin embargo su misma carne y su misma sangre ante la etnografía y la química, y bullendo en nuestros pensamientos y nuestras emociones, su misma alma que es el alma augusta de la raza.

Así pues, en el pueblo tabasqueño existen gérmenes vigorosos y prolíficos de arte, y por eso ha tenido y tiene sus grandes artistas que interpretando su pensar, su sentir, sus anhelos y sus creencias, inventan trovas y melodías y forman y erigen un monumento imperecedero: "El Arte Popular Tabasqueño" (1)

(1) Tomado del DISCURSO INAUGURAL de la Escuela de Música del Estado de Tabasco, de reciente fundación. Tarde del 5 de febrero del presente año en el teatro Merino. Por el autor.

## LAS FUENTES DEL ARTE POPULAR.

A Clemente Morillo, Guadalupe Hernández  
y Lucas de Dios, grandes artistas populares  
de mi tierra.

No se encuentran en el pueblo—se ha dicho muchas veces—los orígenes del *Arte popular* ¡Qué val El pueblo es un gran zafio. Nació para el trabajo material y burdo, como el buey para arrastrar carretas. Es incapaz de sentir la Poesía; y si por excepción una chispa de ella cabrilla en su alma, no sabrá encontrar, si se le ocurre buscarla, la manera de tejer un traje que la sirva de gentil atavío, sino que la lanzará al mundo me

dio desnuda o andrajosa, mostrando un cuerpo enteco y desgarrado que antes provoca compasión o risa que deleitosa complacencia.

Y cualquier día les quita uno de la cabeza tales ideas a quienes las defienden. Por lo menos conceptúo la tarea un poco difícil.

Con todo, nada más fácil y expeditivo que evidenciar la tesis contraria.

Por de pronto, en *Los Comienzos del Arte*, de Ernesto Grosse, Profesor de la Universidad de Friburgo, que es una gran autoridad sobre estos asuntos, se encuentra un arte bien definido aunque al par bien humilde, entre las tribus salvajes.

Rink, citado por Grosse, traduce tres canciones esquimales, de las cuales dos son notabilísimas: una erótica, románticamente erótica, y la otra descriptiva; una descripción lírica de las nubes que circundan una montaña.

Apunta Grosse que esta última canción es de una gran rareza, dado el grado de civilización de los esquimales. Y yo, de paso hago observar el siguiente punto de contacto, (que no es el único), entre la poesía de esos pueblos y la poesía popular: Ninguna de ellas canta a las bellezas de la naturaleza. (1)

Numerosas canciones, dice Boas, están muy en boga entre los esquimales, y se cantan como entre nosotros las canciones populares.

En las islas Andamanes, escribe Man, basta a veces una sola canción, para asegurar «la inmortalidad» a su autor.

Existen entre los indígenas, poetas célebres cuyas canciones se propagan de comarca en comarca, y se cantan como en Europa las canciones de moda; dice Waitz Gerland. (Citados por Grosse).

(1) Recuérdese lo que dejo dicho en el prólogo.



Puede leerse con fruto también, entre otras obras, sobre este sujeto del arte primitivo, *Los Orígenes de la Civilización*, de Lubbock, y *L' Art musical au Senegal dans l' Afrique Centrale*, por Verneil.

En el arte de esas humildes sociedades cuyo intelecto se ha estimado con frecuencia más vecino de los simios que del de las gentes civilizadas, recibe nuestra soberbia y altanero engreimiento severa y saludable enseñanza.

El arte no es don ni patrimonio de las naciones sino de la humanidad. El hombre, cualquiera que sea el lugar que ocupe, tiene necesidades estéticas que debe satisfacer y necesariamente satisface. Para probarlo, ahí está la etnografía que habla elocuentemente.

Cuando ese hombre es un Beethoven o un Miguel Angel, la facultad interior de crear de la nada obras bellas, se condensa y concreta como las nebulosas, para formar esos mundos colosales de luz y armonía que se llaman las *Nueve Sinfonías* o el *Moisés*.

Si por el contrario el artista es un bosquimano o un aleuta, la labor estética no irá más allá de una pequeña y monótona melodía o de una escultura en hueso representativa de algún animal.

Pero unos y otros, artistas primitivos como artistas europeos, por lo que hace al estado o condición psíquica de donde toma principio y origen la función estética, son iguales y ahí se equiparan y nivelan.

De todo lo cual se induce lógicamente que el pueblo como individualidad es artista, y capaz por ende de crear un arte popular.

Pero la inducción no basta, y es necesario ir a los hechos, y a los hechos vamos. que son los que infunden vida y robustez a la certeza.

El señor G. Nuñez de Prado publicó en 1904 una obra muy notable, intitulada *Cantaores Andaluces*, en

cual encuentran sitio nada menos que treinta y cinco autores de coplas.

Trátase de *cantadores* populares. (La palabra es la misma que se usa entre nosotros). Gente de humilde extracción; a veces de obscurísima extracción; "de ignorancia poco menos que suprema", dice el señor Nuñez de Prado; cuya inteligencia jamás ha sentido la lima pulidora y benéfica de la enseñanza. Y así y todo, estos individuos en momentos de inspiración, saben condensar en dos o más versos una idea, un pensamiento que ya nos anonada como una descarga eléctrica; nos crispa como una blasfemia; nos desgarrá como un dolor; nos entenece como una lágrima, o nos acaricia como un beso.

A bastantes de estos poetas entre quienes se encuentran algunas mujeres, los ha conocido *de visu* el gallardo autor del libro; muchas trovas han sido recogidas en los momentos mismos de salir calientes y vibradoras de sus propios labios y trajeadas con el instrumento impalpable de la música.

El citado libro es interesantísima y pintoresca galería de artistas populares, que yo estimo y considero de gran importancia no sólo para el *folk-lore* español sino para el *folk-lore* general. Es una documentación que nos hace asistir asombrados a la génesis de un mundo de no pocas bellezas, creado por el pueblo andaluz.

Es el *hecho*, en fin, que no admite ni la posibilidad de un argumento en contrario.

Y así, me sería fácil allegar, si yo creyera necesario ocurrir a lo exótico para corroborar la tesis que sostengo, otras muchas pruebas como la anterior; pero aquí en casa, como si dijéramos, he logrado la obtención de algunas bien concluyentes, cuya compulsión, caso de necesitarse, sería tan fácil, que me doy a pensar



cómo el exotismo resultaría holgando y hasta medio candoroso, ya que el valor de las nuestras supera bajo ciertos aspectos, y en no poco, al de aquéllas.

Y entro en materia.

En la reciente conferencia que di en la Escuela de Música del Estado (1) sobre *Arte popular tabasqueño*, hablé de dos *cantadores* conlugareños míos, verdaderos y muy notables poetas que trovaron y cantaron en los bailes populares de la Chontalpa, algo más de cuarenta años, dejando no poco substancioso y de buen cuño qué imitar y hasta qué admirar a sus continuadores.

Uno de ellos, Guadalupe Hernández, que forjaba quartetas al propio tiempo que el hierro a martillazos en su fragua, cantó con frecuencia la siguiente copla:

*Ahora que soy el yunque  
me precisa el aguantar,  
para cuando sea martillo  
pegar golpes sin cesar.*

Aquellos dos viejos, honra del *folk-lore* de aquella región, estaban unidos por los invisibles lazos del arte, y fueron modelo de amistad reflexiva y afectuosa, hasta que la muerte de uno de ellos, Clemente Morillo, vino a separarlos. No sé si el superviviente le habrá seguido ya a la huesa. (2)

Todos los habitantes de Cunduacán los oyeron improvisar; y por lo que hace a mí, no podría decir el número de veces que los admiré en su labor de crear repentinamente, y que ellos efectuaban en colaboración haciendo la aplicación inmediata de sus quartetas al *Jarabe*, al *Asitoy*, a *Los Chiles* o a cualquier otro aire de su predilección.

(1) En la Escuela de Música del Estado de Yucatán, la noche del 29 de agosto de 1912.

(2) Días pasados me enteré de que vive, aunque ya muy anciano y sordo como Beethoven.

Fuí en innúmeros bailes su acompañante a la guitarra, pues los dos hombres me atraían poderosamente con el magnetismo de su alma, que reverdecía en primavera de eterna juventud, y donde siempre lució sus llamas de oro, como en los trovadores medioevales, el lirismo del amor. Y así logré sorprender los sentimientos y emociones que en ella se encerraban, y que los dos cantadores, en el entusiasmo comunicativo de la fiesta, dejaban escapar en el clásico verso octosilábico, haciendo armónicamente causa común de esos sentimientos y de esas emociones, como si fueran caudal y tesoro de una sola alma.

Otro hombre de laya humilde, la más humilde, convecino de los anteriores, fué José de la Cruz Vasconcelos.

Le conocí y traté cuando ya la pesadumbre de los años le obligaba a llevar la cabeza, que era un capullo de albura, inclinada hacia el suelo.

Fué uno de los más geniales cantadores y compositores de trovas de la Chontalpa, gran teñador además, de guitarra, jarana y pandero.

Una ocasión dictaba una dedicatoria en verso, (él naturalmente, ni leía ni escribía), para un caballero cuyo nombre, que era el de Tirso, formaba final de verso. La rima se imponía; y luego de buscar inútilmente un consonante que ni el mismo diccionario de la rima se le habría dado en el presente caso, con un desenfado digno de gongoristas o decadentes, formó el siguiente: *Espirso*, que dictó al maestrescuela que actuaba de amanuense, sin importársele una higa los reparos con que el dómine acogió la extraña palabreja.

Fué Vasconcelos quien mantuvo vivo en el repertorio popular chontalpaneco, el hermoso canto conocido por los *Aguinaldos* que él mismo se acompañaba a la guitarra, en las gélidas noches de invierno, durante las cuales llevaba a las puertas de los pacíficos habitantes



de la ciudad chontal, la ofrenda de la reglamentaria se renata de Navidad. Un violín trafa asociado a su diminuta orquesta, y un grupo de cantadores que se encargaban del estribillo.

Quien no haya oído ese canto narrativo de la piedad cristiana, impregnado todo él de santa y conmovedora sencillez, no conoce del Arte popular regional una de las páginas más bellas, digna del infante divino cuya cuna llena de luz mecióse en la gloriosa judea, y de cuya historia se hizo Vasconcelos paraninfo y portavoz.

Sea esta remembranza, para honrar la memoria del humilde proletario que con su intuición de lo bello, supo tomar del rico joyel una de las gemas de aguas y facetas más hermosas, como blasón y distintivo de su carrera artística.

Manuel Frías, campesino de la ribera de Taxco, del partido de Nacajuca, otro gran analfabeto, pertenece al catálogo de los bardos que han brindado con su pequeño denario al caudal poético popular tabasqueño.

El ingeniero y poeta don Felipe A. Margalli, recogió de él y me obsequió, cinco cantares, de los cuales transcribo los dos siguientes:

*Ya vine, ya estoy aquí,  
y sólo vine por verte;  
si así lo haces tú por mí,  
te juro que hasta la muerte  
te he de amar con frenesí.*

*Porque te amo con exceso  
y te adoro con fervor,  
dame de tu boca un beso  
que es la prueba del amor.*

Y hagamos lugar y demos la bienvenida a quien se

acerca, que es una moza que trae en la tez huellas del sol y la brisa de los campos donde vive, y en los labios el color de las pitahayas que se ofrecen tentadoras en los cacaotales, al goloso viandante que va por el camino real.

No quiere dar su nombre. Es zahareña y hasta medio montaraz como las potrancas de los cercanos potreros, pero así y todo es poeta y cuando viene a pelo, y más si se trata de decirle dos frescas a alguien que por sus malos o impertinentes galanteos se ha conquistado su malquerencia, improvisa bonitamente una cuarteta que le sirve para el caso, y que deja corrido y mal parado a quien va dirigida, como saeta salida de un carcaj.

He aquí un caso;

Se brinca a más y mejor en un *fandango*, o baile de zapateo. Ha llegado su turno a las *bombas*, (1) y son las bailadoras quienes las *echar*.

Entre éstas, una mozuela bisoña pierde el compás a cada momento. encogidilla y turbada, pues es la vez primera que va a *echar* o recitar una *bomba*, y si a mano viene aun no ha tenido ocasión de aprenderse ninguna de coro. Y ve venir su turno con tanto mayor desasosiego, cuanto su pareja es un galán adventicio que durante el *fandango* se le ha pegado, acosándola con toda suerte de chicoleos y requiebros que la tienen atortolada y sin saber dónde meter la cara.

Y la música se eslabonó tras una *bomba* anterior, y tocados algunos compases volvió a pararse en seco para que la *bomba* siguiente fuera *echada*, y era a la mozuela a quien tocaba esta vez echarla.

Ella también se paró en seco sin hallar qué decir, toda confusa y buscando con los tímidos ojos una ma-

(1) Composición poética popular de carácter declamatorio, que los bailadores *echan* o recitan a sus respectivas parejas, en momentos en que para el efecto, y mediante la voz de *BOMBA*, dada casi a grito pelado por alguno de ellos, la música interrumpe su ejecución.



no piadosa que la sacara a flote de aquel naufragio, mientras su galanteador, con el sombrero derrumbado sobre las narices, y las manos entre los bolsillos, esperaba de pie frente a ella, sonriente de vanidad; pues vecino de Villahermosa, de paso por aquellos campos, sus habitantes habíanle otorgado la superioridad en la fiesta, y el beneficio de sus mejores y más cortesanas atenciones.

Era nuestro urbano, un enamorado de oficio, calaverón de siete zuelas, en cuya labor de muchos años, llevada a cabo a diestro y siniestro con el vértigo torpe del vicio, como quien corre desatentado y no ve en qué charca pone los pies o en qué espinos deja girones de la piel, había él ganado muchas huellas y muchos estigmas que se manifestaban en la cara, en el cuello y en la ausencia de media oreja, que no había más que ver todo ello, para saber a qué atenerse respecto de su vida, y qué era lo procedente para poner un poco de salud en su cuerpo desvencijado.

La situación se hacía ya bien embarazosa, pues de todos los corrillos salían frases excitativas a la asen dereada juvenzuela, sin que ninguna de ellas acertara a hacer brotar de sus trémulos labios la esperada copla, cuando la zahareña moza de soleada tez surgió resuelta de entre un grupo de mujeres, simples espectadoras de la fiesta, plantóse gallarda ante el galán villahermosino, dejando a espaldas de ella a la acongojada bailadora en cuyo auxilio acudía, y le lanzó a él con voz firme y sonora, la *bomba* siguiente.

*Cuando la vida sencilla  
te juatigue, de soltero,  
cásate, pero primero,  
toma la zarzaparrilla.*

Con lo que lo hendió medio a medio, provocó la

hilaridad en el concurso que rió a sus anchas, y dejó no poco admirado a un ilustrado amigo mío, huésped en aquella sazón del poético pueblecillo, y que en aquel mismo punto tomó nota de cuanto la donosa ribereña sabía hacer en materia de *bombas* y cantares, y en particular en esto de improvisaciones.

Y tornemos de nuevo a Cunduacán, a encontrarnos con un hombre verdaderamente notable.

Se llamó Manuel Burelo, conocido por el sobrenombre de *Negrito poeta*. Obscurísimo hijo de unos sirvientes, nació en la finca rústica donde sus padres trabajaban, finca cercana a la ciudad chontal, y cuyos dueños, unos señores Burelos, dieron su apellido a Manuel.

Dotado de talento poético y de una facilidad excepcional para la versificación, el *Negrito poeta* que jamás aprendió a leer ni a escribir, se veía obligado a buscar entre sus amigos quienes le escribieran sus composiciones, y sucedía que muchas veces la musa le asaltaba en la cama, y ahí era el renegar de su ignorancia y el lamentarse de no poder fijar en el papel sus lucubraciones; y se levantaba en aquella hora y se salía a la calle a llamar a alguna puerta en busca y demanda de quien pudiera valerle.

Cuando alguien leía, prestaba atento oído, pedía que se le instruyera sobre el significado de las palabras, formaba su juicio acerca de lo leído, y con tanta agudeza en ocasiones, que no desdeñaban prestarle atención las gentes letradas, sino que antes se complacían en hacerle terciar en sus pláticas; de cuyas reuniones supo él sacar no poco provecho, pues aparte las poesías que ya espontáneamente o ya por invitación compuso en ellas y que recibieron las prudentes correcciones que él no acertaba a darles, fue adquiriendo cierto bagaje intelectual que remedió en parte su analfabetismo. De aquí que se hubiera atrevido con géneros ex-